

EL VELLOCINO DE ORO

ROBERT GRAVES

EL VELLOCINO DE ORO

Traducción de Lucía Graves



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Golden Fleece*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2024

© by the Trustees of the Robert Graves Copyright Trust

© de la edición: Edhasa, 1983, 2024 (revisada)

Diputació, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6443-9

Impreso por Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B 21290-2023

Impreso en España

καθόλου δὲ τοὺς παλαιούς μύθους οὐχ ἀπλήν οὐδὲ συμπεφωτημένην ἱστορίαν ἔχειν συμβέηκε. διόπερ οὐ χεὶρ θαυμάζειν, εἴαν τινα τῶν ἀρχαιογυμένων μη συμφώνως ἅπασιν τοῖς καὶ συγγραφεῦσι συγχρίνμεν.

(«Pero por regla general los mitos antiguos no ofrecen una historia sencilla y coherente, y por ello nadie debe extrañarse si algunos detalles de mi recensión no concuerdan con los de cada poeta e historiador»).

DIODORO SÍCULO
Libro IV, 44: 5, 6.

Invocación

Anceo, pequeño Anceo, héroe oracular, último superviviente (según dicen) de todos los argonautas que navegaron a Cólquide con Jasón en busca del vellocino de oro, háblanos a nosotros, visitantes; habla claramente desde tu rocosa tumba junto a la fuente de la diosa, en la fresca Deia hespérida. Primero cuéntanos cómo llegaste allí, tan lejos de tu hogar en la florida Samos; y luego, si te place, revélanos la historia completa de aquel famoso viaje, empezando por el principio de todo. ¡Vamos, derramaremos libaciones de aguamiel para endulzar tu garganta! Pero recuerda, ¡nada de mentiras! Los muertos sólo pueden decir la verdad, incluso cuando la verdad los desacredita.

Prólogo

Anceo en la huerta de las naranjas

Una tarde de verano, al anochecer, Anceo el lélege, el de la florida Samos, fue abandonado en la costa arenosa del sur de Mallorca, la mayor de las islas Hespérides o, como las llaman algunos, las islas de los Honderos o las islas de los Hombres Desnudos. Estas islas quedan muy cerca unas de otras y están situadas en el extremo occidental del mar, a sólo un día de navegación de España cuando sopla un viento favorable. Los isleños, asombrados por su aspecto, se abstuvieron de darle muerte y lo condujeron, con manifiesto desprecio por sus sandalias griegas, su corta túnica manchada por el viaje y su pesada capa de marinero, ante la gran sacerdotisa y gobernadora de Mallorca que vivía en la cueva del Drach, la entrada a los Infiernos más distante de Grecia, de las muchas que existen.

Como en aquellos momentos estaba absorta en cierto trabajo de adivinación, la gran sacerdotisa envió a Anceo al otro lado de la isla para que lo juzgara y dispusiera de él su hija, la ninfa de la sagrada huerta de naranjos en Deia. Fue escoltado a través de la llanura y de las montañas escarpadas por un grupo de hombres desnudos, pertenecientes a la hermandad de la Cabra; pero, por orden de la gran sacerdotisa, éstos se abstuvieron de conversar con él durante el camino. No se detuvieron ni un instante en su viaje, a paso ligero, excepto para postrarse ante un enorme monumento de piedra que se hallaba al borde del camino y donde, de niños, habían sido inicia-

dos en los ritos de su hermandad. En tres ocasiones llegaron a la confluencia de tres caminos y las tres veces dieron una gran vuelta para no acercarse al matorral triangular rodeado de piedras. Anceo se alegró al ver cómo se respetaba a la Triple Diosa, a quien están consagrados estos recintos.

Cuando por fin llegó a Deia, muy fatigado y con los pies doloridos, Anceo encontró a la ninfa de las Naranjas sentada muy erguida sobre una piedra, cerca de un manantial caudaloso que brotaba con fuerza de la roca de granito y regaba la huerta. Aquí la montaña, cubierta por una espesura de olivos silvestres y encinas, descendía bruscamente hacia el mar, quinientos pies más abajo, salpicado aquel día hasta la línea del horizonte por pequeñas manchas de bruma que parecían ovejas paciando.

Cuando la ninfa se dirigió a él, Anceo respondió con reverencia, utilizando la lengua pelasga y manteniendo la mirada fija en el suelo. Todas las sacerdotisas de la Triple Diosa poseen la facultad de echar el mal de ojo, que, como bien sabía Anceo, puede convertir el espíritu de un hombre en agua y su cuerpo en piedra, y puede debilitar a cualquier animal que se cruza en su camino, hasta causarle la muerte. Las serpientes oraculares que cuidan estas sacerdotisas tienen el mismo poder terrible sobre pájaros, ratones y conejos. Anceo también sabía que no debía decirle nada a la ninfa excepto en respuesta a sus preguntas, y aun entonces hablar con la mayor brevedad y en el tono más humilde posible.

La ninfa mandó retirarse a los hombres-cabra y éstos se apartaron un poco, sentándose todos en fila al borde de una roca hasta que volviera a llamarlos. Eran gentes tranquilas y sencillas, con ojos azules y piernas cortas y musculosas. En lugar de abrigar sus cuerpos con ropas, los untaban con el jugo de lentisco mezclado con grasa de cerdo. Cada uno llevaba colgado a un lado del cuerpo un zurrón de piel de cabra lleno de piedras pulidas por el mar; en la mano llevaban una honda,

otra enrollada en la cabeza y una más que les servía de taparrabo. Suponían que pronto la ninfa les ordenaría que acabasen con el forastero, y ya debatían amistosamente entre sí quién iba a tirar la primera piedra, quién la segunda, y si iban a permitirle salir con ventaja para darle caza montaña abajo o iban a hacerlo pedazos cuando se acercara a ellos, apuntando cada uno a una parte distinta de su cuerpo.

La huerta de naranjos contenía cincuenta árboles y rodeaba un santuario de roca habitado por una serpiente de tamaño descomunal que las otras ninfas, las cincuenta Hespérides, alimentaban diariamente con una fina pasta hecha de harina de cebada y leche de cabra. El santuario estaba consagrado a un antiguo héroe que había traído la naranja a Mallorca desde algún país en las lejanas riberas del océano. Su nombre había quedado olvidado y se referían a él simplemente como «el Benefactor»; la serpiente se llamaba igual que él porque había sido engendrada de su médula y su espíritu le daba vida. La naranja es una fruta redonda y perfumada, desconocida en el resto del mundo civilizado, que al crecer es primero verde, después dorada y tiene una corteza caliente y la pulpa fresca, dulce y firme. Crece en un árbol de tronco liso, con hojas brillantes y ramas espinosas, y madura en pleno invierno, al revés de los demás frutos. No se come cualquier día en Mallorca, sino sólo una vez al año, en el solsticio de invierno, después de la ritual masticación de ladierno y de otras hierbas purgantes; si se come de esta forma la naranja concede una larga vida, pero es un fruto tan sagrado que en cualquier otro momento basta con catarla para que sobrevenga la muerte inmediata, a no ser que la propia ninfa de las Naranjas la administre.

En estas islas, gracias a la naranja, tanto los hombres como las mujeres viven tanto tiempo como desean; por regla general, sólo deciden morir cuando se dan cuenta de que están convirtiéndose en una carga para sus amigos, por la lentitud

de sus movimientos o la insipidez de su conversación. Entonces, por cortesía, se marchan sin despedirse de sus seres queridos ni crear ningún alboroto en la cueva –pues todos viven en cuevas–, escabulléndose sin decir nada, y se arrojan de cabeza desde una roca, complaciendo de este modo a la diosa, quien aborrece toda queja y dolor innecesarios y premia a estos suicidas con funerales distinguidos y alegres.

La ninfa de las Naranjas era alta y hermosa. Llevaba una falda acampanada y con volantes al estilo cretense, de un tejido teñido del color de la naranja con tintura de brezo, y por arriba, como prenda única, llevaba puesto un chaleco verde de manga corta sin abrochar delante, mostrando así la esplendor y la plenitud de sus senos. Los símbolos de su cargo eran un cinturón formado por innumerables piezas de oro eslabonadas en forma de serpiente con ojos de piedras preciosas, un collar de naranjas verdes secas, y una cofia alta bordada con perlas y coronada con el disco de oro de la luna llena. Había dado a luz a cuatro hermosas niñas, de las cuales la más pequeña la sucedería un día en su cargo, al igual que ella, que era la menor de sus hermanas, sucedería un día a su madre, la gran sacerdotisa en Drach. Estas cuatro niñas, como aún no tenían edad suficiente para ser ninfas, eran doncellas cazadoras, muy diestras en el manejo de la honda, y salían con los hombres para darles buena suerte en la caza. La doncella, la ninfa y la madre forman la eterna trinidad en la isla, y la diosa, a quien se venera allí en cada uno de estos aspectos, representados por la luna nueva, la luna llena y la luna menguante, es la deidad soberana. Es ella la que infunde la fertilidad en aquellos árboles y plantas de los que depende la vida humana. ¿No es acaso bien sabido que todo lo verde brota mientras la luna crece y deja de crecer mientras la luna mengua, y que sólo la caliente y rebelde cebolla no obedece sus fases mensuales? Sin embargo, el sol, su hijo varón, que nace y muere cada año, la asiste con sus cálidas emanaciones. Ésta era la razón por la que el

único hijo varón parido por la ninfa de las Naranjas, puesto que era la encarnación del sol, había sido sacrificado a la diosa, según la costumbre, mezclándose seguidamente los trozos despedazados de su carne con la semilla de la cebada para asegurar una abundante cosecha.

A la ninfa le sorprendió descubrir que la lengua pelasga que hablaba Anceo se parecía mucho a la de las islas. Pero, aunque se alegró de poderlo interrogar sin verse obligada a recurrir a la pesada tarea de hacer gestos y de trazar dibujos sobre la arcilla con una varita, por otra parte se sintió un poco preocupada al pensar que quizás Anceo había estado conversando con los hombres-cabra sobre asuntos que tanto ella como su madre tenían por norma que ellos desconociesen. Lo primero que le preguntó fue:

–¿Eres cretense?

–No, sagrada ninfa –contestó Anceo–; soy pelasgo, de la isla de Samos, en el mar Egeo, y por lo tanto no soy más que primo de los cretenses. Pero mis señores son griegos.

–Eres un viejo y feo despojo humano –dijo ella.

–Perdóname, sagrada ninfa –le contestó–. He llevado una vida muy dura.

Cuando le preguntó por qué lo habían abandonado en la costa de Mallorca, respondió que había sido desterrado de Samos por su obstinada observancia del antiguo ritual de la diosa –pues últimamente los samios habían introducido el nuevo ritual olímpico que ofendía su alma religiosa–, y él, sabiendo que en Mallorca se veneraba a la diosa con inocencia primitiva, le había pedido al capitán del barco que lo desembarcara allí.

–Es curioso –observó la ninfa–. Tu historia me recuerda la de un campeón llamado Hércules que visitó nuestra isla hace muchos años cuando mi madre era la ninfa de este huerto. No puedo contarte los pormenores de su historia, porque mi madre no gustaba de hablar de ella durante mi infancia, pero eso sí que me consta: Hércules fue enviado por su señor, el rey Eu-

risteo de Micenas (dondequiera que esté Micenas) a recorrer el mundo para realizar una serie de trabajos que a primera vista parecían imposibles, y todo, según dijo, por su obstinada devoción hacia los antiguos rituales de la diosa. Llegó en canoa y desembarcó en la isla, anunciando con sorprendente osadía que había venido en nombre de la diosa a recoger un cesto de naranjas sagradas de esta huerta. Era un hombre-león y por este motivo llamaba mucho la atención en Mallorca, donde no tenemos ninguna hermandad del León ni entre los hombres ni entre las mujeres, y además estaba dotado de una fuerza colosal y de un prodigioso apetito por la comida, la bebida y los placeres del amor. Mi madre se encaprichó con él y le dio las naranjas generosamente, y además lo honró haciéndolo su compañero durante la siembra de primavera. ¿Has oído hablar del tal Hércules?

—En una ocasión fui compañero suyo de navío, si os referís a Hércules de Tirinto —respondió Anceo—. Eso fue cuando navegué a los Establos del Sol, a bordo del famoso *Argo*, y siento decirlo que el muy canalla seguramente engañó a vuestra madre. No tenía ningún derecho a pedirle la fruta en nombre de la diosa, pues la diosa le odiaba.

A la ninfa le divirtió su vehemencia y le aseguró que había quedado satisfecha de sus credenciales y que podía levantar los ojos y mirarla a la cara y hablar con ella con un poquito más de familiaridad, si lo deseaba. Pero tuvo cuidado de no ofrecerle la protección formal de la diosa. Le preguntó a qué hermandad pertenecía y él respondió que era un hombre-delfín.

—Ah —exclamó la ninfa—. Cuando me iniciaron en los ritos de las ninfas por primera vez y me dejé acompañar por hombres en el surco abierto después de la siembra, fue con nueve hombres-delfín. El que elegí como preferido se convirtió en campeón solar, o rey de la guerra, para el año siguiente, según nuestras costumbres. Nuestros delfines forman una her-

mandad pequeña y muy antigua y se distinguen por su talento musical, que supera incluso al de los hombres-foca.

–El delfín responde a la música de forma encantadora –asintió Anceo.

–Sin embargo –continuó la ninfa–, cuando di a luz, no tuve una niña, a la que hubiera conservado, sino un niño; y a su debido tiempo mi hijo regresó, despedazado, al surco del cual había salido. La diosa se llevó lo que había dado. Desde entonces no me he atrevido a dejarme acompañar por ningún hombre-delfín, pues considero que esta sociedad me trae mala suerte. A ningún hijo varón de nuestra familia se le permite vivir más allá de la segunda siembra.

Anceo tuvo el valor de preguntar:

–¿Es que ninguna ninfa o sacerdotisa (ya que las sacerdotisas tienen tanto poder en esta isla) ha intentado jamás entregarle su propio hijo varón, en secreto, a una madre adoptiva, criando a la hija de esta madre en su lugar, para que ambas criaturas puedan sobrevivir?

–Puede que en tu isla se practiquen trucos de esta clase, Anceo –le respondió severamente la ninfa–, pero en la nuestra, no. Aquí ninguna mujer engaña jamás a la Triple Diosa.

–Naturalmente, sagrada ninfa –respondió Anceo–. Nadie puede engañar a la diosa.

Pero volvió a preguntar:

–¿No es quizá vuestra costumbre, si una ninfa real siente un afecto fuera de lo común por su hijo varón, sacrificar en su lugar un becerro o un cabrito, envolviéndolo en las ropas del pequeño y poniéndole sandalias en los pies? En mi isla se supone que la diosa cierra los ojos ante tales sustituciones y que luego los campos rinden con la misma abundancia. Es únicamente después de una mala estación, cuando el grano se agosta o no crece, que se sacrifica a un niño en la siguiente siembra. Y, aun así, siempre es un niño de padres pobres, no de estirpe real.

La ninfa volvió a responder con el mismo tono severo:
–En nuestra isla, no. Aquí ninguna mujer se burla jamás de la Triple Diosa. Por eso prosperamos. Ésta es la isla de la inocencia y de la calma.

Anceo asintió, diciendo que desde luego era la isla más agradable de los cientos que había visitado en sus viajes, sin exceptuar la suya, Samos, llamada Isla Florida.

–Estoy dispuesta a escuchar tu relato –dijo entonces la ninfa–, si no es aburrido. ¿Cómo es que tus primos, los cretenses, han dejado de visitar estas islas como hacían antaño, en tiempos de mi bisabuela, conversando con nosotros con buenas maneras en un lenguaje que, aunque no era el nuestro, podíamos entender muy bien? ¿Quiénes son estos griegos, tus señores, que vienen en los mismos barcos que en un tiempo usaron los cretenses? Vienen a vender las mismas mercancías (jarrones, aceite de oliva, tinturas, joyas, lino, muelas de esmeril y excelentes armas de bronce), pero utilizan el carnero en lugar del toro como mascarón de proa y hablan en una lengua ininteligible y regatean con unos modales groseros y amenazantes, y miran impudicamente a las mujeres y roban cualquier pequeño objeto que encuentran en su camino. No nos gusta nada comerciar con ellos y muchas veces los hacemos marchar con las manos vacías, rompiéndoles los dientes con los tiros de nuestras hondas y abollando sus cascos de metal con piedras grandes.

Anceo explicó que la tierra al norte de Creta, que en un tiempo había sido conocida por Pelasgia, se llamaba ahora Grecia en honor de sus nuevos señores. La habitaba una población notablemente mixta. Los pobladores más antiguos eran los pelagosos terrestres, quienes, según se cuenta, habían salido de los dientes desparramados de la serpiente Ofión cuando la Triple Diosa la había despedazado. A estos pobladores se unieron primero los colonos cretenses de Cnosos, luego los colonos heneques de Asia Menor, mezclados con los etíopes de Egipto, cuyo

poderoso rey Pélope dio su nombre a la parte sur de estas tierras, el Peloponeso, y construyó ciudades con enormes murallas de piedras y tumbas de mármol blanco en forma de colmena como las chozas africanas; y finalmente los griegos, un pueblo bárbaro dedicado al pastoreo, procedentes del norte, más allá del río Danubio, que bajaron a través de Tesalia en tres invasiones sucesivas y acabaron tomando posesión de todas las fuertes ciudades peloponesas. Estos griegos gobernaron a las otras gentes de forma insolente y arbitraria. Y por desgracia, sagrada ninfa –dijo Anceo–, nuestros señores adoran al Triple Dios como deidad soberana y odian en secreto a la Triple Diosa.

La ninfa se preguntó si no habría entendido mal sus palabras.

–Y ¿quién podría ser el *dios padre*? –preguntó–. ¿Cómo es posible que una tribu adore a un *padre*? ¿Qué es un padre sino el instrumento que una mujer utiliza de vez en cuando para su placer y para poderse convertir en madre?

Empezó a reír con desdén y exclamó:

–Por el Benefactor, juro que esta historia es la más absurda que jamás he oído. ¡Padres, nada menos! Supongo que estos padres griegos amamantan a sus hijos y siembran la cebada y cabrahígan las higueras y dictan las leyes y, en una palabra, realizan todas las demás tareas de responsabilidad propias de la mujer, ¿no?

Estaba tan irritada que dio unos golpecitos con el pie sobre una piedra y la cara se le oscureció con el calor de su sangre.

Al advertir su irritación, cada uno de los hombres-cabra tomó silenciosamente una piedrecita de su zurrón y la colocó en la tira de cuero de su honda. Pero Anceo respondió en tono apacible y suave, bajando de nuevo la mirada. Comentó que en este mundo había muchas costumbres extrañas y muchas tribus que a los ojos de otros parecían estar dementes.

–Me gustaría mostraros los mosinos de la costa del mar Negro, sagrada ninfa –le dijo–, con sus castillos de madera y sus niños tatuados que son increíblemente gordos y se alimentan de tortas de castañas. Viven junto a las amazonas que son tan raras como ellos... Y, en cuanto a los griegos, su razonamiento es el siguiente: ya que las mujeres dependen de los hombres para su maternidad (pues no les basta el viento para llenar de nueva vida sus matrices, como ocurre con las yeguas ibéricas), los hombres son, en consecuencia, más importantes que ellas.

–Pero es un razonamiento de locos –exclamó la ninfa–. Es como si pretendieras que esta astilla de pino es más importante que yo misma porque la utilizo para mondarme los dientes. La mujer, y no el hombre, es siempre la principal: ella es el agente; él, siempre el instrumento. Ella da las órdenes; él obedece. ¿No es acaso la mujer quien elige al hombre y lo vence con la dulzura de su presencia, y le ordena que se acueste boca arriba en el surco y allí, cabalgando sobre él, como sobre un potro salvaje domado a su voluntad, toma de él su placer y cuando ha terminado lo deja tumbado como un hombre muerto? ¿No es la mujer quien gobierna en la cueva, y si cualquiera de sus amantes la enoja por su mal humor o su pereza lo amonesta tres veces consecutivas para que coja todas sus cosas y se marche al alojamiento de su hermandad?

–Con los griegos –dijo Anceo apresuradamente y con voz apagada– la costumbre es exactamente la contraria. Cada hombre elige a la mujer que desea convertir en la madre de su hijo (pues así la llama), la vence con la fuerza de sus deseos y le ordena que se acueste boca arriba en el lugar que más le convenga y entonces, montándose, toma de ella su placer. En la casa es él el amo, y si la mujer le enoja por su forma de importunarle o por su comportamiento obsceno, la golpea con la mano; y si con esto no consigue que cambie su conducta, la manda a casa de su padre con todas las cosas que ha traído consigo y da

sus hijos a una esclava para que se los críe. Pero, sagrada ninfa, no os enfadéis, ¡os lo ruego por la diosa! Yo soy pelasgo, detesto a los griegos y sus costumbres, y únicamente estoy obedeciendo vuestras instrucciones, como es mi deber, al contestaros a estas preguntas.

La ninfa se contentó con decir que los griegos debían ser las personas más impías y más asquerosas del mundo, peor aún que los monos africanos (si, en efecto, Anceo no se estaba burlando de ella). Volvió a interrogarlo acerca de la siembra de la cebada y la cabrahigadura de las higueras: ¿cómo se las arreglaban los hombres para obtener pan o higos sin la intervención de la diosa?

–Sagrada ninfa –respondió Anceo–: cuando los griegos se instalaron por primera vez en Pelasgia eran un pueblo de pastores, que sólo se alimentaba de carne asada, queso, leche, miel y ensaladas silvestres. Por consiguiente, nada sabían acerca del ritual de la siembra de la cebada ni del cultivo de ninguna fruta.

–Estos griegos dementes –dijo ella, interrumpiéndolo–, supongo entonces que bajaron del norte sin sus mujeres, como hacen los zánganos, que son los padres ociosos entre las abejas, cuando se marchan de la colmena y forman una colonia aparte, separados de su abeja reina, y comen inmundicias en lugar de miel, ¿no es así?

–No –dijo Anceo–. Trajeron consigo a sus propias mujeres, pero estas mujeres estaban acostumbradas a lo que a ti te parecerá una forma de vida indecente y vuelta del revés. Cuidaban del ganado, y los hombres las vendían y las compraban como si ellas también fueran ganado.

–Me niego a creer que los hombres puedan comprar o vender mujeres –exclamó la ninfa–. Es evidente que te han informado mal sobre este punto. Pero, dime, ¿continuaron durante mucho tiempo estos sucios griegos con esta forma de vida, una vez instalados en Pelasgia?

–Las primeras dos tribus invasoras, los jonios y los eolios –contestó Anceo–, que llevaban armas de bronce, no tardaron en rendirse ante el poderío de la diosa al ver que ella consentía en adoptar a sus dioses varones como hijos suyos. Renunciaron a muchas de sus bárbaras costumbres y cuando, poco después, los persuadieron de comer el pan cocido por los pelagos y descubrieron que tenía un sabor agradable y propiedades sagradas, uno de ellos, llamado Triptólemo, le pidió permiso a la diosa para poder sembrar él mismo la cebada, pues estaba convencido de que los hombres podrían hacerlo con casi tanto éxito como las mujeres. Dijo que deseaba, si es que era posible, evitarles a las mujeres un trabajo y una preocupación innecesarios, y la diosa, indulgente, consintió.

La ninfa se rio hasta que las laderas de la montaña devolvieron el eco de su risa, y desde su roca los hombres-cabra corearon sus carcajadas, revolcándose de alegría, aunque no tenían la menor idea de por qué se estaba riendo.

–¡Qué estupenda cosecha debió de recoger este tal Triptólemo! –le dijo a Anceo–. ¡Todo serían amapolas, beleño y cardos!

Anceo tuvo la suficiente prudencia como para no contradecirla. Empezó a hablarle de la tercera tribu de los griegos, los aqueos, cuyas armas eran de hierro, y de su insolente comportamiento ante la diosa y de cómo instituyeron la familia divina del Olimpo; pero observó que ella no lo escuchaba y desistió.

–Vamos a ver, Anceo –le dijo en tono burlón–. Dime, ¿cómo se determinan los clanes entre los griegos? Supongo que no me irás a decir que son clanes masculinos en lugar de femeninos y que determinan las generaciones a través de los padres en lugar de las madres, ¿verdad?

Anceo asintió lentamente con la cabeza, como si se viera forzado a admitir un absurdo gracias a la astucia del interrogatorio de la ninfa.

–Sí –dijo–, desde la llegada de los aqueos de las armas de hierro, que ocurrió hace muchos años, los clanes masculinos han sustituido a los femeninos en la mayor parte de Grecia. Los jonios y los eolios ya habían introducido grandes innovaciones, pero la llegada de los aqueos lo volvió todo del revés. Los jonios y los eolios, ya por aquel entonces, habían aprendido a calcular la descendencia a través de la madre, pero para los aqueos la paternidad era, y sigue siendo, lo único que tienen en cuenta al determinar su genealogía, y últimamente han conseguido que la mayoría de los eolios y algunos jonios adopten su punto de vista.

–No, no, ¡eso es manifiestamente absurdo! –exclamó la ninfa–. Aunque es claro e indiscutible, por ejemplo, que la pequeña Kore es mi hija, ya que la partera la extrajo de mi cuerpo, ¿cómo puede saberse con certeza quién fue el padre? Pues la fecundación no proviene necesariamente del primer hombre a quien yo gozo en nuestras sagradas orgías. Puede provenir del primero o del noveno.

–Los griegos intentan resolver esta incertidumbre –dijo Anceo– haciendo que cada hombre elija lo que llaman una esposa. Una mujer a quien le está prohibido tener por compañero a nadie que no sea él. Entonces, si ella concibe, no puede discutirse la paternidad.

La ninfa lo miró de hito en hito y le dijo:

–Tienes una respuesta para todo. Pero ¿acaso esperas que me crea que se puede gobernar y guardar hasta tal punto a las mujeres que se les impida disfrutar de cualquier hombre que les apetezca? Imagínate que una mujer joven se convirtiera en la esposa de un hombre viejo, feo y desfigurado como tú. ¿Cómo podría ella consentir jamás en ser su compañera?

Anceo sostuvo su mirada y le respondió:

–Los griegos profesan que pueden controlar así a sus esposas. Pero admito que muchas veces no lo consiguen, y que a veces una mujer tiene relaciones secretas con un hombre de

quien no es la esposa. Entonces su esposo se pone celoso e intenta matarlos a los dos, a su esposa y a su amante, y, si los dos hombres son reyes, llevan a sus pueblos a la guerra y sobreviene gran derramamiento de sangre.

–Eso no lo pongo en duda –dijo la ninfa–. En primer lugar, no deberían decir mentiras, ni luego emprender lo que no son capaces de realizar, dando así lugar a los celos. A menudo me he dado cuenta de que los hombres son absurdamente celosos: es más, después de su falta de honestidad y su charlatanería, diría que es su principal característica. Pero cuéntame, ¿qué les ocurrió a los cretenses?

–Fueron vencidos por Teseo el griego, a quien ayudó a conseguir la victoria un tal Dédalo, famoso artesano e inventor –dijo Anceo.

–¿Qué fue lo que inventó? –preguntó la ninfa.

–Entre otras cosas –contestó Anceo–, construyó toros de metal que bramaban artificialmente cuando se encendía un fuego bajo sus vientres; también estatuas de madera de la diosa que parecían de carne y hueso, pues las extremidades articuladas podían moverse en cualquier dirección, como si fuese un milagro, y, además, los ojos podían abrirse o cerrarse tirando de un cordón oculto.

–¿Aún vive ese Dédalo? –preguntó la ninfa–. Me gustaría conocerlo.

–Por desgracia ya no –contestó Anceo–. Todos estos acontecimientos ocurrieron mucho antes de mis tiempos.

Ella insistió:

–Pero ¿verdad que me podrás decir cómo estaban hechas las articulaciones de las estatuas para que las extremidades pudieran moverse en cualquier dirección?

–Sin duda debían girar en un hueco esférico –dijo él, doblando su puño derecho y girándolo en el hueco formado por los dedos de la mano izquierda para que comprendiera en seguida lo que quería decir–. Pues Dédalo inventó la articulación

esférica. En todo caso, gracias a un invento de Dédalo quedó destruida la flota de los cretenses, y por esto ya no son ellos quienes visitan vuestra isla, sino únicamente los griegos y algún que otro pelasgo, tracio o frigio.

–La madre de mi madre me contó –dijo la ninfa– que, aunque los cretenses adoraban a la diosa con casi tanta reverencia como nosotros, su religión difería de la nuestra en muchos aspectos. Por ejemplo, la gran sacerdotisa no elegía a un campeón solar sólo para un año. El hombre que ella elegía reinaba algunas veces durante nueve años o más, negándose a dimitir de su cargo porque alegaba que la experiencia trae consigo la sagacidad. Lo llamaban el sacerdote de Minos, o el rey Toro, pues la hermandad del Toro se había convertido en la hermandad suprema de aquella isla. Los hombres-ciervo, los hombres-caballo y los hombres-carnero jamás se atrevieron a luchar por obtener el trono de la guerra, y la gran sacerdotisa solamente se dejaba acompañar por hombres-toro. Aquí mi madre y yo distribuimos nuestros favores por un igual entre todas las hermandades. No es prudente dejar que una sola hermandad obtenga la supremacía, ni dejar que un rey reine más de dos o tres años a lo sumo; los hombres se dejan llevar fácilmente por la insolencia si no se les mantiene en el lugar que les corresponde, y entonces se creen ser casi iguales a las mujeres. Con la insolencia se destruyen a sí mismos y para colmo hacen enojar a las mujeres. Sin duda alguna, esto fue lo que debió de ocurrir en Creta.

Mientras aún conversaban, hizo una señal secreta a los hombres-cabra para que se llevaran a Anceo fuera de su vista y después le dieran caza hasta matarlo con sus hondas, pues decidió que a un hombre que podía contar historias tan perturbadoras e indecentes no se le podía permitir seguir con vida en la isla, ni siquiera un momento más, ahora que ya le había contado lo que quería saber sobre la forma de articular las estatuas de madera. Temía el daño que podría ocasionar si in-

quietaba las mentes de los hombres. Además, era un viejo encorvado, calvo y feo, un exiliado, y un hombre-delfín que no le traería buena suerte a la huerta.

Los hombres-cabra se postraron en reverencia ante la ninfa de las Naranjas y luego, incorporándose, obedecieron sus órdenes con alegría. La persecución no fue larga.

1

La tostadura de la cebada

Cuando el primer grupo de invasores griegos, la tribu jonia, bajó desde la parte alta del Danubio atravesando Istria e Iliria y entró por fin en Tesalia, todos los nativos, tales como los sátiros, los lapitas, los eticios, los flegieos y los centauros, se refugiaron en las espesuras de sus montes. Los invasores, que eran muy numerosos, trajeron consigo a sus propios dioses y todos los instrumentos sagrados de su culto. Los centauros, los habitantes aborígenes del monte Pelión, observaron cómo avanzaban lentamente, con sus rebaños y manadas, hacia la llanura de Págasas, situada al oeste, donde permanecieron varios días; pero entonces, atraídos por informes de que existían pastos aún más ricos en dirección sur, los jonios reanudaron su viaje hacia la fortaleza de Ptía y se perdieron de vista. En Yolco, cerca de la falda del Pelión, se hallaba un antiguo colegio de ninfas de los Peces, cuya gran sacerdotisa legislaba en materias sagradas para todo el territorio de Ptiótide. Las ninfas no huyeron al aproximarse los jonios: se limitaron a hacerles muecas gorgóneas, silbándoles y sacándoles la lengua; los jonios pasaron de largo prudentemente y se dirigieron a Beocia.

En Pelasgia, como se llamaba entonces Grecia, los jonios se encontraron con una raza hospitalaria compuesta por los pelasgos nativos mezclados con colonos henetes, cretenses y egipcios, todos los cuales adoraban a la Triple Diosa Lunar bajo un nombre u otro. Los enviados que procedentes de Mi-

cenas, Argos, Tirinto y otras ciudades llegaron al santuario venerable de la diosa, recibieron de ella órdenes de dar una buena acogida a los jonios, pero de imponerles la estricta condición de respetar las costumbres religiosas reinantes en sus dominios. Los jonios quedaron impresionados por la cortesía y el porte firme de los enviados y asimismo por las colosales murallas de las ciudades de las cuales procedían. Como no los seducía en absoluto la idea de volver a Tesalia y, por otro lado, no tenían esperanzas de conquista, tuvieron la sensatez de permitir que sus dioses se sometieran a la diosa y se convirtieran en sus hijos adoptivos. El primer jefe jonio que recomendó esta sumisión se llamaba Minia, y desde entonces la diosa lo favoreció más que a ningún otro; su padre, Crises, había fundado el poblado de Ea en la isla del mismo nombre situada frente a Pola, en el extremo norte del Adriático. Cuando murió Minia, la diosa le concedió el título de héroe y ordenó a cincuenta ninfas que cuidaran de su enorme sepulcro blanco en la ciudad beocia de Orcómeno, junto al lago Copáis, y que se encargaran de la legislación sagrada para todo aquel territorio. Estas ninfas no se casaban, sino que tomaban amantes en días de fiesta, al estilo pelasgo. Cécrope, el egipcio, había ya introducido en Ática la institución del matrimonio y la diosa había admitido esta innovación siempre que se practicara sin faltarle al respeto a ella y sin perjudicar a su pueblo pelasgo; los jonios también practicaban el matrimonio, pero, cuando vieron que los nativos más honorables consideraban indecente esta costumbre, la mayoría se sintieron avergonzados y la abandonaron.

Poco después se produjo otra invasión griega, esta vez de la tribu eolia, cuyas gentes eran más vigorosas que los jonios y llegaron atravesando la comarca de Tracia. Pasaron por Yolco, sin detenerse, como habían hecho los jonios, pero tomaron la ciudad beocia de Orcómeno, que encontraron desguarnecida con ocasión de un festival. Sus jefes obtuvieron el derecho

a ser considerados guardianes militares del territorio; esto lo consiguieron persuadiendo a las ninfas del sepulcro de Minia a aceptarlos por esposos, y en adelante se hicieron llamar minias. Constituyeron la aristocracia de aquella parte de Grecia, pero no les fue posible adentrarse en el Ática o en el Peloponeso, porque Cadmea, la ciudadela de Tebas, les cerraba el paso. A Eolo, su gran antepasado, también le fue concedido el título de héroe, y desde la cueva, o grieta en la tierra, donde estaban sepultados sus huesos, tenía la gentileza de enviar vientos *de cola de serpiente* a petición de sus visitantes. La Triple Diosa había delegado en él este poder sobre los vientos. Cuando Teseo, el rey de la Atenas jónica, construyó secretamente una flota y saqueó Cnosos, en Creta, también los minias se hicieron a la mar. Armaron cien barcos o más y se reunieron cerca de Áulide, en las playas protegidas del golfo de Eubea. Teseo, antes que enzarzarse en una guerra naval, prefirió hacer un pacto con ellos, mediante el cual los dos estados compartirían pacíficamente el comercio que les había sido arrebatado a los cretenses y ejercerían una acción conjunta contra los piratas. Los atenienses comerciaban con el sur y con el este, con las ciudades de Egipto, África, Fenicia y Asia Menor, y con la ciudad frigia de Troya, el mejor mercado del lejano oriente: los minias comerciaban con Tesalia y Tracia en el norte, y con Sicilia, Corfú, Italia y las Galias en el oeste. Por razones de conveniencia para su comercio con occidente, los minias estacionaron parte de su flota en Pilos la Arenosa, un enclave suyo en el lado oeste del Peloponeso, evitando así el difícil paso del cabo Malea. Los vientos que enviaba Eolo y que las ninfas del sepulcro sabían guardar en vejigas de cerdo, resultaban de gran utilidad para los capitanes de las naves minias.

Los minias se enriquecieron, y al principio disfrutaron de su reino sin perturbación alguna, principalmente porque hicieron todo lo posible por complacer a la diosa. Su dios del Cielo llamado Dio, a quien adoraban en el monte Lafistio bajo

la forma de carnero, era reconocido por ellos públicamente como hijo de la Diosa Madre. Ella le impuso el nuevo nombre de Zagreo, o Zeus, en memoria del hijo que, según se decía, paría todos los años en prueba de su fertilidad en la cueva de Dicte, en Creta, pero que era sacrificado cada año por el bien de los campos. A partir de entonces este sacrificio dejó de practicarse y Zeus disfrutó de los privilegios de una deidad adulta. Aunque en algunas cuestiones se le concedió prioridad sobre la Diosa Ninfa y la Diosa Doncella, las dos hijas de la Diosa Madre, ésta continuó siendo la deidad soberana.

El siguiente acontecimiento en la historia de los minias que tiene relación con esta historia argonáutica fue que ampliaron su reino hasta el golfo de Págasas, y en el norte hasta Larisa, en Tesalia. Atamante, un rey minia muy altivo, invitó a Ino, la gran sacerdotisa del colegio en Yolco, a que celebrase matrimonio con él y que sus ninfas lo hicieran simultáneamente con sus jefes. Ino no podía permitirse rechazar la propuesta de matrimonio de Atamante, un hombre alto, rubio y apuesto, porque traía espléndidos regalos tanto para ella como para las demás mujeres, y porque los minias eran mucho más numerosos y estaban mejor armados que su propio pueblo de Ptiótide. Sin embargo, si daba su consentimiento estaría infringiendo los derechos de los centauros del Pelión, pues los centauros de la hermandad del Caballo siempre habían sido los amantes elegidos por las ninfas de los Peces en Yolco, al igual que las ninfas de los Torcecuellos del colegio centauro que cuidaban del sepulcro del héroe Ixión únicamente tomaban amantes de la hermandad del Leopardo de los magnesios. Ino consultó con la diosa, preguntándole si ella y sus ninfas debían dar muerte a sus esposos en la noche de bodas, como habían hecho las Danaides de Argos hacía mucho tiempo, en circunstancias similares, o si debían matarse a sí mismas arrojándose al mar, como habían hecho los Palántidas de Atenas. O, si no, ¿qué otras órdenes tenía para ellas la diosa? La diosa le respondió

en un sueño: «Sírveles vino puro a los hombres-caballo y deja el resto en mis manos».

La boda se celebró con gran esplendor y, a instancias de Ino, los hombres-caballo fueron invitados a bajar de sus cuevas en las montañas y unirse a la fiesta. Cuando llegaron, se les sirvieron copas rebosantes de vino de Lemnos. Los centauros honran a un héroe tesalio llamado Sábado, el inventor de la cerveza de cebada, su bebida ritual, que, cuando se toma, produce al principio gran jovialidad y después deja sumidos a los fieles en un profundo sueño. Supusieron que ese licor desconocido, el vino, era algún tipo de cerveza, porque tenía un color de oro pálido, aunque el aroma era más fuerte que el de la cerveza y no era necesario beberlo con pajas al carecer de aquella malta espesa que flota en la superficie. De un trago se bebieron el vino, sin sospechar nada, exclamando: «¡Io, Sabacio, Io, Io!».

Descubrieron que tenía un sabor dulce, y pidieron más. Pero, en lugar de provocarles sueño, el vino no tardó en inflamarlos y empezaron a corcovear descontroladamente, haciendo girar los ojos y relinchando de lujuria. Las ninfas de los Peces sintieron lástima por ellos y pronto dejaron a los sobrios minias, quienes habían mezclado su vino con cuatro partes de agua, y salieron precipitadamente hacia los bosques donde ofrecieron su compañía amorosa a los centauros.

Este comportamiento caprichoso enojó a los esposos minias, quienes persiguieron a sus esposas y mataron a una docena de centauros con sus espadas de bronce. Al día siguiente Atamante dirigió un ataque contra las montañas de los centauros. Éstos se resistieron lo mejor que pudieron con sus lanzas de madera de pino y con grandes rocas que hacían rodar montaña abajo; pero él los derrotó y los obligó a huir hacia el norte. Para disuadirlos de regresar, Atamante sacó la imagen de la Diosa Blanca con cabeza de yegua instalada en el santuario de la diosa, y después de bajarla a Yolco, al colegio de los Peces, tuvo la osadía de rededicar el santuario en el monte Pelión a

Zeus el Carnero, o Zeus el dios de las Lluvias. Durante un tiempo logró quebrar al espíritu de los centauros, pero Ino hizo que una de sus ninfas llevara secretamente la imagen de cabeza de yegua a una cueva en un valle boscoso a medio camino del monte Osa, y allí los centauros volvieron a congregarse y rezaron a la diosa pidiéndole venganza.

El rey Atamante ignoraba que Ino hubiese devuelto la imagen a los centauros; de otro modo se hubiese dirigido a ella con más insolencia todavía.

—Esposa —le dijo—. He desterrado a tus amantes equinos del monte Pelión porque profanaron nuestra noche nupcial. Si cualquiera de ellos se atreve a descender nuevamente a nuestros prados de Yolco en busca de la imagen de la diosa, será destruido sin piedad. El monte Pelión se ha convertido ahora en la morada de nuestro dios eolio Zeus; es más digno de él que el monte Lafistio, que, por comparación, tiene una altura poco considerable.

—Cuidado con lo que dices, esposo —contestó Ino—, si es que debo llamarte así. ¿Qué pensará la diosa al ver que la has expulsado del Pelión? ¿Y cómo imaginas que crecerá la cebada si no están presentes los centauros en la fiesta de la siembra para disfrutar de mi compañía y de la de mis ninfas de los Peces ante los ojos de la Diosa Blanca?

Atamante rio y replicó:

—La diosa no le envidiará el monte Pelión a su hijo. Y ahora que cada una de tus mujeres tiene un esposo entre mis seguidores y que tú me tienes a mí, ¿qué más podéis desear? Somos hombres altos y robustos, inmensamente superiores en todos los aspectos a esos centauros locos y desnudos, y os acompañaremos gustosos durante la fiesta de la siembra, si es que tenéis costumbre de sentir ansias de amor en esa estación.

—¿Eres tan ignorante que crees que la diosa nos permitirá aceptar los abrazos de tus hombres-carnero en una ocasión tan sagrada? —preguntó Ino—. Jamás bendecirá la cebada si lo

hacemos. ¡No, no! Nos conformamos con ser vuestras esposas durante la mayor parte del año, pero si han de prosperar nuestros asuntos hemos de dejarnos acompañar no sólo por los centauros en la estación de la siembra, sino además por los sátiros de la hermandad de la Cabra que nos visitan en la ceremonia de la cabrahigadura, cuando hacemos madurar los higos con la picadura del insecto que produce las agallas, y por amantes de otras hermandades en ocasiones apropiadas que de vez en cuando me pueden ser reveladas por la diosa.

–Y ¿eres tú tan ignorante que crees que cualquier griego que esté en su sano juicio permitirá a su esposa disfrutar de los abrazos de otro hombre, en la fiesta de la siembra o en cualquier otra? –le contestó Atamante–. Tu parloteo carece de sentido. Los higos maduran por sí solos, sin ayuda artificial, como bien puede observarse en las huertas abandonadas donde no se ha celebrado la ceremonia. Y ¿qué necesidad tenemos nosotros los minias de las mujeres, incluso para la siembra de nuestra cebada? El héroe Triptólemo demostró que los hombres pueden sembrar la cebada con tan buenos resultados como las mujeres.

–Lo hizo gracias al gentil permiso de la diosa –dijo Ino–, cuya luminaria, la luna, es el poder que hace crecer todas las semillas y madurar todos los frutos.

–Era innecesario pedir su permiso –dijo Atamante–. La diosa no tiene ningún poder real sobre ninguna especie de grano o fruto. Lo único que hace falta es que se siembre cuidadosamente el grano de la cebada cuando el sol ha perdido su fuerza, en surcos de un campo bien arado, que se grade después con una grada de espinas y que luego llueva sobre el campo a su debido tiempo. Zeus proporcionará la lluvia a petición mía y el sol reanimado madurará afablemente las espigas. La luna es fría, está muerta y no tiene ninguna virtud creativa.

–Y ¿qué me dices del rocío sagrado? –preguntó Ino–. Supongo que me dirás que el rocío también es un regalo del sol, ¿no?

–Al menos no es un regalo de la luna –contestó Atamante–, pues con frecuencia ésta no sale hasta que la hierba está blanca de rocío.

–Me extraña –dijo Ino– que te atrevas a hablar así de la diosa, como también me extraña que hayas quitado su venerable imagen blanca del santuario sin mi permiso y la hayas reemplazado por la de su hijo adoptivo. Te espera un terrible destino, Atamante, si no corriges tu comportamiento antes de que transcurra un solo día más y te diriges a la diosa como penitente. Si la siembra de Triptólemo fue premiada con una buena cosecha, ten por seguro que fue porque primero se ganó la protección de la diosa con su humildad y porque no omitió ninguna de las acostumbradas ceremonias amorosas de la siembra. Además, no es cierto que los higos maduren en las huertas abandonadas sin cabrahigadura. Existe un registro completo de todas las higueras de este país y cada higuera la cuida una de mis ninfas, por muy solitario y apartado que sea el lugar de crecimiento.

–No estoy acostumbrado a que me gobiernen las mujeres –contestó Atamante apasionadamente–. Mi esposa beocia Néfele, que me espera en Orcómeno, ha aprendido por experiencia a evitarme disgustos y a ocuparse de sus propios asuntos, dejando que yo me ocupe de los míos. No sería más que un necio si visitara el santuario del que tú eres la gran sacerdotisa y te pidiera (a ti nada menos) que intercedieras ante ella para conseguir mi perdón.

Ino fingió que la violencia masculina de Atamante la asustaba. Le acarició la cabeza y la barba y exclamó:

–Perdóname, esposo, por confesarte mis escrúpulos religiosos. Te obedeceré en todo. Pero concédeme al menos esto: que tus seguidores plantarán ellos mismos la cebada, como lo hizo Triptólemo, sin la ayuda de mis mujeres. Todas tememos la ira de nuestra diosa si sembramos la cebada sin los acostumbrados ritos de fertilidad, para los cuales la compañía amorosa de los centauros nos parece esencial.